

**LA CALMA EXISTENCIAL (\*)**  
**Por Lucía Caumont (2º C)**

La luz blanca al final del túnel. El tiempo que se congela y se hace eterno. La vida que pasa por delante de los ojos a través de una sucesión rápida de imágenes. Innumerables son los mitos que rodean a la muerte, aún cuando desde que nacemos se nos enseña que es un misterio que se da a conocer sólo a quienes lo experimentan; el único enigma que el hombre no puede resolver sin entregar su vida a cambio de ello. Sin embargo, son los testimonios de quienes le escaparon – al menos por el momento – los que contribuyeron a definir un conjunto de impresiones acerca de cómo es el fin de la vida, impresiones que nunca creí fueran ciertas, hasta el momento en que tuve que enfrentarme cara a cara con ellas.

Ya entrada la madrugada, me dieron la orden de sentarme al volante del auto, el *Volkswagen Polo* verde que el directorio del banco me asignó cuando asumí el cargo de gerente. Supe entonces que había llegado la hora de salir y que sería yo quien los conduciría a su destino, cualquiera que este fuera. Desde adentro podía escucharlos hablar, cada vez con mayor agitación, sobre el camino a seguir a continuación. Podía ver el nerviosismo en sus rostros cansados, en sus ademanes agresivos y en la dificultad que parecían tener para llegar a un consenso. Por primera vez, el frente unido que habían demostrado ser durante toda la jornada comenzó a resquebrajarse.

Pero sin importar el plan que juntos idearan, una cosa seguían dando por sentado: los rehenes éramos la garantía de que ellos seguirían con vida. Más allá de la ansiedad y la incertidumbre, eso los tranquilizaba. Creo que era la primera vez en su vida que se sentían protegidos por alguien, aún cuando se tratara de un resguardo fundado en la coerción y no en la voluntad propia. Muchos podrán pensar y decir que personas como ellos han perdido respeto por todos los códigos que rigen la conducta humana en sociedad. Pero por paradójico que pueda sonar, ante mis ojos no habían perdido el más importante de todos: salvar una vida inocente bien justifica dejar también vivir en libertad al que por ley y por moral no se lo merece. Mi vida, pero también la de ellos, dependía de que esta regla tácita se cumpliera. Todos éramos rehenes.

En ese preciso instante entendí que mi supervivencia no estaba ni nunca había estado en sus manos. *Delincuentes y rehenes* no designaban la parte y contraparte respectivas de un trato por un mañana. No era con los asaltantes con quienes teníamos que negociar nuestro futuro. En cambio, ellos y nosotros éramos una única parte que debía acordar con el mundo exterior los términos de aquel pacto. La vulnerabilidad nos hacía uno, nos ponía al mismo nivel. Cuando lo comprendí, aún inmerso en el caos, en el ruido, en la desesperanza, me sobrecogió una tranquilidad casi absoluta, una cierta calma existencial proveniente de haber superado el sentimiento de impotencia ante la pérdida repentina de control sobre el propio destino. De algún modo, saber que nadie es dueño de su destino – y no sólo yo – sirvió de consuelo a la angustia que hasta entonces había pesado en mi corazón.

Así dejé de ser preso de los asaltantes, pero mi vida seguía en manos ajenas; en las de aquellos que se encontraban más allá de las paredes del banco, las personas debajo de los uniformes, los seres humanos detrás de las insignias de autoridad. Los verdaderamente poderosos. Pero esas manos ya estaban sosteniendo armas. Y hacer malabares no es tarea fácil, como todos estaríamos a punto de comprobar una vez que se abrieran los portones.

De cualquier modo, el tiempo había dejado de ser una variable en la que se podía confiar. Tal vez fueron minutos o tal vez horas, no lo sé, las que transcurrí ensimismado

en la corriente de pensamientos que discurrían por mi mente. Un golpe fuerte primero y una luz brillante después fueron suficientes para que mi atención se volcara nuevamente hacia el diálogo de aquellos tres hombres, que era el mismo de antes, con la excepción de que ahora los acompañaba también Flora. La encontré pálida y temblorosa. Parecía como si recién le hubieran sacado la tira plástica de embalar de los ojos, porque todavía los tenía irritados y entrecerrados, como si la iluminación del enorme galpón del banco la lastimara tanto como las amarras que sin cuidado alguno le desprendían de un tirón de ambas muñecas. Lloraba, pero ya casi sin fuerzas y no gritaba, aunque ya no tenía la boca tapada.

Verla en ese estado significó retroceder en el tiempo hasta el momento en el que nos aprehendieron en la puerta de casa. Sin quererlo, volví a experimentar esa misma reacción inicial de miedo, de sufrimiento y sobre todo, de cuestionarme incesantemente *por qué*. Como si aquella introspección y la calma sedante que supo proporcionar nunca hubiesen existido, sobrevinieron nuevamente las inquietantes preguntas del principio: ¿Por qué *esta* sucursal de *este* banco? ¿Por qué la esposa y no sólo el gerente? ¿Por qué liberar a los otros rehenes y no a nosotros?

Me detuve antes de perder de nuevo la calma y traté de concentrarme en lo verdaderamente importante. Por algo la habían desatado y tenía que averiguarlo. Aunque no podía escuchar claramente lo que decían, me esforcé por descifrar lo poco que sí podía oír junto con sus gestos, que ahora transmitían mayor seguridad que antes. Ya se habían puesto de acuerdo en cuanto al plan. Lo único que restaba era ejecutarlo.

Mi única función era manejar el auto y no detenerme bajo ninguna circunstancia. La única responsabilidad de Flora era abrir el portón para que ellos y yo pudiéramos pasar con el auto. Eso era todo. Una vez afuera se decidiría qué hacer después. Lo importante era salir y salir con vida. La plena confianza en el sentido de justicia de los uniformados permanecía intacta y la seguridad parecía imperturbable.

Antes de partir, intenté transmitirle a Flora la tranquilidad que creí sentir hasta el último momento. La miré profundamente a los ojos. Ella me devolvió la mirada con la misma intensidad y así me despedí. Sin palabras, le hablé durante todo el tiempo que duró el tiroteo. Lo que le dije fue que no se preocupara, que las balas no eran balas. Eran los petardos que tiraba con mamá todas las navidades en la vereda de aquella primera casita en Morón, que papá había comprado con tanto esfuerzo. Le dije que no se preocupara, que el humo no era humo. Era el efecto de neblina que tenía la discoteca donde la conocí y donde me enamoré de ella por primera vez. Le dije que no se preocupara, que los gritos no eran gritos. Eran los festejos de los muchachos cuando me recibí de Economista con tan sólo 24 años de edad. Le dije que no se preocupara, que el llanto no era llanto. Era la primera respiración de Betina, de Daniela, de Cecilia. Le dije que no se preocupara, que los extraños que me rodeaban no eran extraños. Eran todos esos amigos de la infancia que con el tiempo y la distancia dejé de ver, que se presentaron a despedirme bajo la semblanza de adultos que lógicamente no reconozco, porque hacía tiempo que no los veía.

Cuando no tuve más nada que decir, me relajé y me dejé ir. La calma existencial no me abandonó en ningún instante, pero no se presentó en la seguridad de seguir con vida, tal como había pensado durante todo ese tiempo. En cambio, se presentó como el sosiego perpetuo que proviene de comprender por fin que la muerte no es muerte si me llevo conmigo todo lo que para mí fue vida. Comprender por fin que la muerte no es morir.

*(\*) El ejercicio de escritura consistió en crear un relato a partir de un caso policial ocurrido en Argentina, el caso Ramallo. Cada alumno debió elegir un punto de vista para la narración y mantener la coherencia de ese punto de vista a lo largo de todo el texto.*